

El Pucará y otros relatos



O.M. Soto-Cudnoch

El Pucará

Pucará: 1 fortaleza, guaraní 2 ave del norte argentino 3 avión de combate argentino, viejo y a hélice, sin embargo usado con gran habilidad por los pilotos durante la Guerra de Malvinas.

A4: Avión caza a reacción argentino

Sea Harrier: Avión caza inglés, rápido y eficaz.

En 1982, Comodoro Rivadavia estaba en guerra. La ciudad fue una de las bases desde donde operaban, tanto aviones como helicópteros. Junto a Río Gallegos y Río grande, era un blanco

posible para un ataque inglés. Se solían hacer entrenamientos durante las noches: Los oscurecimientos. Sonaba una alarma y todos debían apagar las luces de las casas. Solamente se dejaban las esenciales y se ponían frazadas en las ventanas. En menos de un minuto toda la ciudad quedaba a oscuras. ¿Para que todo esto? Si venía un grupo de aviones con la intención de bombardear la ciudad, éstos necesitaban contacto visual y no la tendrían con todo a oscuras. En la actualidad esto es distinto, basta con ingresar las coordenadas de la ciudad para atacar, pero en ese entonces tenían que ver el objetivo. Varias veces a la semana se debían tapar las ventanas y quedarse calladitos, esperando a que sonara otra vez la

sirena y avisara que estaba todo bien.

Una mañana, un poco antes de que saliera el sol, sonó la alarma. Se dieron cuenta de que un grupo de aviones ingleses estaba sobre el mar, muy cerca de la ciudad. En ese momento ningún A4 estaba en situación de salir en la base, es decir los aviones más rápidos, que podían hacer frente a tamaña situación. Solamente había dos Pucará en condiciones prestas. Así que salieron.

Los aviones ingleses eran un bombardero y un Sea Harrier que lo escoltaba. Minutos antes habían estado en un combate y el Harrier estaba dañado. Es difícil saber qué tanto.

Venían volando muy bajo, por lo que no fueron detectados hasta cuando ya estaban a pocos kilómetros. Que es también la estrategia que usaban los aviones argentinos para hacer esos ataques fulminantes a los barcos ingleses. Cuando los Pucará asomaron en un costado del Cerro Chenque y se dirigieron al horizonte, los aviones británicos los vieron y se elevaron hasta una altura óptima, que usarían para hacer el bombardeo. En la primera pasada, un avión argentino fue derribado por los cohetes del Harrier. El otro Pucará y el Harrier comenzaron su duelo. El bombardero, más lento, enfiló hacia el centro de la ciudad, seguramente por tener allí un blanco mucho más fácil que la base aérea,

escondida entre cerros.

El piloto argentino, nacido en Entre Ríos, estaba entrelazado en una lucha desigual en un aparato varias décadas más antiguo que su par inglés. Sin embargo, fueron ambas naves las que comenzaron a mostrar un rosario de orificios en sus laterales. El Harrier lanzó su último cohete pero no logró hacer impacto sobre el avión, sino que se perdió en el océano. Los aviones dibujaban espirales intentando salir del blanco del otro. Por momentos se enfrentaban, por momentos se perdían de vista. Los ruidos de los motores y disparos retumbaban sobre las olas.

Fueron solamente unos minutos,

pero duró toda una vida y no solamente para el entrerriano. En la ciudad ya despierta, miles de ojos escarbaban el horizonte. La primera luz del sol se mezclaba con las del combate. Ambas naves se hirieron gravemente pero no podían derribarse. En uno de los virajes, el argentino vio al otro avión, el bombardero, ya muy cerca de la playa y lo que es lo mismo, de la ciudad. Se dio cuenta que no tenía opción. Dirigió al Pucará hacia el bombardero y aceleró al máximo los motores. En unos segundos estuvo a tiro, vació todas las balas que le quedaban sobre el fuselaje del bombardero. Por supuesto que el Harrier aprovechó la oportunidad para abrir fuego sobre él. Y fue muy

preciso. En el momento en que las balas cruzaban por detrás de la nave argentina, por delante, el bombardero inglés empezó a perder altitud hasta hundirse en el mar en medio de una nube de agua. El Pucará intentó elevarse para, tal vez, planear hasta la base aérea, pero las balas seguían atravesándolo. En ese momento, un A4 argentino apareció por un lado del Cerro y se dirigió directamente hacia el inglés, que intentó doblar en U, pero fue demasiado tarde, los primeros impactos lo hicieron caer al mar, a sólo unos metros del muelle.

El Pucará, ya sin combustible y con el fuselaje destruido, alcanzó a esquivar a los edificios pero no pudo hacer lo mismo con el Cerro, aún

con la baja velocidad que traía. Una columna de tierra marrón y opaca avisó a la ciudad que el único combate en el continente había terminado.

Muchas personas que permanecían atentas a lo que sucedía comenzaron a trepar el Cerro. Diez, veinte, un centenar. El grupo de hombres y mujeres sacaron el cuerpo del entrerriano. Todo estaba lleno de agujeros de balas; las alas, el motor perforado y ausencia total de vidrio en la carlinga. Se dieron cuenta de que una de sus piernas había sido seccionada por los disparos. La gran cantidad de gente impidió acercarse a las ambulancias, y los helicópteros tampoco tenían lugar donde aterrizar. Improvisaron

una camilla atando varias camperas y cargaron el cuerpo maltrecho del piloto hacia el centro de la ciudad.

Cuando la columna de gente llegó al Hospital Regional, la noticia ya era conocida por todos. En la radio, Carlos Omar estaba transmitiendo desde muy temprano en la radio ese día y de alguna forma, parecía observar todo lo que sucedía. Dejaron el cuerpo en la entrada principal mientras los soldados heridos que ya estaban allí y los enfermeros, lo llevaron hacia el interior del edificio. La gente de la ciudad, fue detrás. No se vio ningún uniforme esa mañana. El piloto quedó en el Hospital hasta unos días después, que fue enviado a su Entre Ríos natal, donde aún hoy sigue

descansando.

En la ladera del Cerro, que es visible desde toda la ciudad, quedaron los restos del Pucará, con sus alas rotas, en un dibujo que asemejaba una cruz. Los colores de la bandera argentina de la cola remataban la figura estilizada del avión.

Después nos enteramos que ese ataque era para un convoy argentino, pero por alguna razón se desviaron hacia la ciudad.

Probablemente era la segunda opción ya que los aviones no pueden aterrizar en los portaviones con las bombas cargadas en las alas.

Hasta el fin de la guerra, el lugar no fue tocado. Entonces, la Fuerza Aérea quiso retirar al avión de ahí,

pero un grupo de vecinos se lo impidió. A la semana siguiente, los militares volvieron. Esta vez, el avión estaba rodeado por piedras blancas, que reforzaban la forma de la cruz. Los vecinos hablaron con los militares y les dijeron, “Lo lamentamos mucho, pero el avión se queda acá, nadie entra en la cruz”. Luego de terminar la guerra, el mando militar estaba muy debilitado y no querían entrar en conflicto con la ciudad por una nave derribada, por lo que se retiraron inmediatamente. Al día siguiente, los diarios de Comodoro pusieron en primera plana: “La ciudad habló: Nadie entra en la Cruz”.

Y el avión se quedó ahí.

Con los años, se construyó un parque a su alrededor. Una escalera une el centro de la ciudad con el Parque de la Cruz. Una placa transparente de tres metros de alto tiene inscripta la historia del piloto. Cuando uno se para enfrente para leerlo, puede ver la ciudad al mismo tiempo, la ciudad por la que él se sacrificó. El lugar está con gente a casi toda hora. Por las noches, se juntan grupitos de chicos y chicas a charlar o tomar. El piloto se inclinaba mucho por el Fernet, por lo que se pueden ver muchas botellas al lado del avión, todas destapadas. Una especie de Difunta Correa alcohólica. Es curioso que, aunque no suele haber presencia policial en el lugar, no es sabido de ningún

hecho criminal. La expresión “Nadie entra en la Cruz” se ha difundido no sólo en Comodoro, sino que en todo el sur argentino, cuando uno se refiere a un tema que es sagrado e intocable.

Es el único lugar de la Ciudad donde la incivilidad y salvajismo normal de cada día se aplaca momentáneamente, para dar terreno a un espacio muy cercano a lo que podríamos entender como una serena armonía.

Alguien, en algún momento, le dibujó en un costado de la carlinga, la silueta del bombardero y la fecha en que lo derribó:

25 de Abril de 1982, Cerro Chenque.

P. Lacombe, Protector de la ciudad.

Sr. López

El señor López volvió del puerto y encontró algo en su nariz: un granito, se dijo, bueno, un pornoco.

Al otro día había crecido. Intento sacárselo frente al espejo pero dolía tanto que fue imposible.

Pasaron dos días cuando se dio cuenta de que lo que asoma era una hoja. Una hoja de árbol.

¡Pero, que papelón! ¿Que van a decir en el barco? ¿Y las señoras del Rotary?

Una rama creciéndole en la nariz.

Ese día no se embarcó.

Tampoco el siguiente.

Para fin de mes no podía pasar por la puerta de tantas ramas que tenía.

Su esposa le llevaba la comida y un poco de agua. Pero ya casi no tenía hambre. Cuando se percataron de las raíces en los pies, lo llevaron al patio.

Dejó de comer.

Al llegar el otoño se le cayeron los brazos junto al resto de sus extremidades. Al acercarse la primavera, sus hijos casi no se acordaban como era su padre.

Cuando llegó el verano, vieron asomar unos limones amarillos y hermosos. Nadie hizo comentarios al respecto. Solían sacar los frutos y hacer ricas limonadas. Cada vez más sabrosas. Así

siguió durante años y en distintas estaciones por igual. Solo se volvían de un sabor amargo y extraño, los días en que a la señora López la venían a visitar.

2006 Rosario

El espejo vacío

El reloj comenzó a sonar.

Abrió los ojos y se juró que esa mañana renunciaría definitivamente a ese trabajo. Bueno, lo decía cada mañana desde hace casi tres años.

Pero ese día, seguro que sí.

Se puso de pié y se dirigió al baño. El agua comenzó a correr. Tal vez al día siguiente abandonaría esa maldita empresa explotadora.

El espejo siempre le pareció algo superfluo, o aun peor. Artículo asqueroso de la vanidad. Y en su caso, un aliciente a la subestimación.

Pero cuando se miró de nuevo, algo ocurrió. Y de la naturaleza del hecho solo tuvo conciencia cierto tiempo después, cuando le fue posible plantearse ciertas cuestiones.

Tantas veces nos ha ocurrido ir por la calle y escuchar nuestro nombre. Cuando volteamos no hay nadie. O más claro todavía, y esto me ha sucedido: ver de reojo algo que se mueve a un lado. Al observar detenidamente, nos encontramos que era una simple bolsa de plástico. Pero algo sucedió. Algo primordial. En ese instante que duró nuestra confusión visual, pudimos observar claramente la cabeza, con ojos, orejas y todo, de un perro. Caramba, si lo podría dibujar en este momento. Un simple (y terrible) perro callejero. Con su pelaje

desgreñado y mirada cansada. Una gran cantidad de detalles fueron advertidos en este perro imposible. ¿Cómo es plausible que tal cosa ocurra sin ser presa de alguna enfermedad mental o algo similar? Primero encontré cierto descanso al saber que esto es bastante común. Y más tarde me explicaron la razón fisiológica del suceso.

Esta aparente falencia de la percepción es una forma exitosa que encontró nuestro camino evolutivo para hacernos más eficientes. Cada cosa que experimentamos es analizada y comparada con lo tenemos en nuestra memoria para darle un significado. Parece ser un instinto humano el buscar una relación a todo lo que percibimos. Y cuando presenciamos

algo que no tiene sentido, el cerebro busca uno. El que se acerque más. En el caso de la bolsa es claro: el ojo envió una información algo vacía de significado y el cerebro cumplió con su parte del trabajo, le otorgó uno.

Esto se ve como un hecho en este ejemplo, pero hay quienes dicen que se aplica a otros aspectos de nuestras actividades. El lenguaje es uno.

¿Cuántas veces alguien dice algo y el interlocutor interpreta otra cosa? Por supuesto que el idioma es un conjunto de gruñidos y silbidos que poco puede hacer para traducir los pensamientos del humano. Seguramente gran parte de nuestro potencial es filtrado por el nivel de expresión verbal que poseamos. Algunos aseguran que nuestro pensamiento es hijo directo de

nuestra capacidad de lenguaje, que no podría existir el pensar sin el hablar. Pero eso ya es otro tema. Otra rama del árbol.

Lo cierto e inquietante es la situación acaecida en ese bañito de mala muerte. Porque sabemos lo que ocurre cuando el cerebro quiere interpretar algo difuso, indeterminado. Simplemente se le asigna el significado más próximo. Pero esto fue distinto. Allí se presentó algo que no podía ser confundido con nada. Algo que la mente no podría confundir con otro elemento sacado de la memoria del sujeto. Porque jamás, ni él ni nadie, lo había experimentado antes. Provenía, seguramente, de una naturaleza totalmente ajena a la nuestra. Su sustancia no era asible por nuestros cinco sentidos. Aunque sí su

presencia. Y eso era lo aterrador.

Así como cuando oímos un gran ruido, nuestra audición no capta otros sonidos, o si una luz fortísima es dirigida a nuestra vista y no es posible ver otra cosa, ya que estamos sufriendo una ceguera momentáneamente a causa del exceso de luz. No se puede asimilar tanta luz.

En esta ocasión, algo apareció en su baño. Por unos segundos, algo que nunca había experimentado, ni él ni ningún ser humano se presentó a sus ojos. Su cerebro no tuvo forma de identificar o relacionar ese acontecimiento. Tampoco podía reemplazarlo con algo más porque era imposible confundirlo con lo que fuera.

Su mente quedó paralizada, podía

percibir algo delante de sí. Podía darse cuenta donde estaba y que el tiempo iba transcurriendo normalmente, pero era incapaz de pensar o moverse.

Estaba mentalmente encandilado. No se puede pensar en ninguna otra cosa al presenciar esta especie de Aleph vacío. Abarca todo pero también lo vacía todo en el tiempo que dura la experiencia.

Habrían pasado unos veinte segundos cuando desapareció. Se quedó un momento ahí, inmóvil. No había forma de entender cómo había podido suceder algo así. Intentaba, vanamente, encontrar esa explicación que había para todo.

Volvió a la cama.

Acaso la explicación vendría del

cielorraso de su habitación, habrá
pensado mientras las horas pasaban,
previsibles y aburridas.

Por la tarde se reincorporó y encontró
cierto significado entre la experiencia y
su vida. Cierta paralelismo entre
vacuidades.

Al otro día, se aprestó a dirigirse al
correo para enviar su telegrama de
renuncia.

2002, Comodoro Rivadavia

Uno

Y llegó ante la presencia de su creador:

- Señor mío, todopoderoso. Aquí estoy, ante usted, pero, ¿es cierto que también hay un demonio?

- Sí, es verdad- contestó Dios- soy Yo.

El Doroteo y los estraterranos

El Doroteo empezó a contar todo:

Ese día terminaron la faena mas temprano, el patrón volvió antes y nos mandaron a todos a la casa.

Le juro que me fui resoplado pa las casas. Cuando estaba llegando, lo vi arriba en el cielo. Como una flecha de lúh. Ah! La lúh mala, diría un gaucho bruto. Pero no, porque yo vi en ese el discoverichanel, que arriba andan unos bichos en platos voladores, endenserio ¡los estraterranos! Que vienen a visitar el planeta La Tierra. Y ahí mismo, en el cielo, pasó uno.

Me preocupé por mi mujer, la pobre

Elvira, que siempre se queda solita por las tardes. Y apuré al pingo para llegar antes que los estraterranos.

Cuando llegué, me bajé al galope y justito antes de dentrar a la casa lo vi. Ahí mismo, en la parte de atrás, se iba al trote el estraterrano. Había tomado forma de cristiano. Igualito al vecino Don López, viera usted. Pero con los pantalones por las patas.

¡Juera de acá! Le grité al bicho espacial. Me miró, soltó los pantalones y salió corriendo.

Acá no nos va a invadir ningún sotreta estraespacial, me dije, me monté en mi caballo y lo salí a perseguir. Ay de ver lo rápido que corren éstos, che. Te voy a agarrar, marciano puto. Te voy a matar y te vas a morir, muerto.

Lo atropellé a la carrera y me le tiré encima. No tuvo tiempo de convertirse en bicho del espacio. Le pasé facón por las tripas y verá usted, me puteó igualito a como lo hace Don López.

Ahí quedó, con las tripas afueras y forma de cristiano.

Volví pa la casa y mi pobre Elvira estaba llorando y llorando. Pobrecita, no sabía nada de lo que la había salvado.

Al otro día vino la polecía, que habían encontrado al pobre Don López, destripado en el monte. Seguro esos estraterranos lo habían abierto pa hacerle la copia. Vio, usted como son?

La noche de Juancho

Juancho había tomado demasiado esa noche. Se agarró a las trompadas con un amigo y después lloró. Pidió ser mujer por un día y vomitó. Hacia mucho que no consumía casi una botella completa de vodka. Beto lo llevó hasta su casa, donde lo dejó acostado en el sillón. - Mañana nos vemos. -Dijo Beto, aunque Juancho no lo llegó a escuchar.

Cerca del mediodía, Juancho se tomó la cabeza. Dolía sobremanera. Cuando llegó al baño, escuchó un grito. Un grito de mujer. Su propio grito.

Sin entenderlo, observó como le asomaban, debajo de la camisa, dos pechos enormes. Su cabello era largo y

castaño claro y sus pantalones le apretaban tanto que se los quiso sacar. Tenía unas caderas gigantescas. Cuando se bajo los pantalones se encontró con un asqueroso asombro que ya no tenía miembro. En su lugar había una profunda y húmeda hendidura.

Se tocaba la cara, se tomaba los pechos, se metió la mano entre las piernas. ¿Sería posible que aun estuviera dormido? O quizá era otra cosa.

Fue hasta la sala de estar con el pantalón por las rodillas. Abrió un estante y sacó el vodka. Un trago le dio la respuesta. La noche anterior, en medio de su borrachera, él había pedido un deseo. Y ese deseo

incoherente había sido concedido. Por alguna razón, el pedido mas tonto que le pidiera a la vida, se le cumplió.

Se terminó de sacar el pantalón y se sentó en el sillón, con la botella siempre en la mano. El sopor del sueño estaba siendo reemplazado por el del vodka.

Volvió a mirarse entre las piernas.

Empezó a llorar.

-¿Qué voy a hacer ahora?- Se dijo.

-Voy a ser una mujer todo el puto día.

Y como soy yo me voy a agarrar al primero que encuentre. No. No puede ser.- Decía entre sollozos.

-No tengo que salir a ningún lado.

Tengo que obligarme a estar acá encerrado. Sí.- Pensó, mirando la botella. -Allá tengo más, me voy a

tomar todo lo que tenga. - Juancho sabia que estando bajo los influjos hormonales de una mujer, era posible que cediera ante el avance de algún hombre. Y la idea de esa practica homosexual lo hacia querer devolver el alcohol que tenía en el estómago. Jamás caería en algo que lo acosaría durante toda su vida.

Una hora después Juancho estaba tirado en el piso, al lado de tres botellas a medio terminar. Dos de vodka y una de ginebra. Había un poco de vómito debajo de la mesa. Sintió que quería lanzar otra vez. Se tomó del sillón y comenzó, arduamente, a levantarse. Entonces escuchó el timbre.

-¿Quién puta será? – Se dijo. Como pudo llegó hasta la puerta. Al tercer

intento la abrió. Es ahí que asoma su cabeza Beto. Que la mira extrañado. –Hola... mm. – Se percató de que no traía pantalones. –Sabés, estoy buscando a Juancho ¿vos sos amiga de él? ¿Puedo pasar? –Dijo, empujando la puerta. – ¿Estás acá? ¿Juancho?- Gritó mientras iba a la habitación de su amigo. Volvió y Juancho, toda una mujer, seguía de pie junto a la puerta abierta. La mirada extraviada. – pero, linda... Te vas a resfriar así. ¿Por qué no entrás?- Dijo Beto, mientras, casi abrazándola, cerró la puerta.

Dos horas después, Beto miró hacia afuera por la puerta principal de la casa. Terminó de abrocharse los pantalones y salió a la calle, hasta su auto.

-¡Que pedazo de mina! ¿Quién sería?
No le entendí nada. Este Juancho, trae
cada loca a su casa. Aunque juraría
que era virgen.-

Rosario, 2006

Marco Jossef de Izmir

Y lo soñó como era.

No como fue visto por todos

El horizonte dibujaba su última línea y las estrellas comenzaron a observar al desierto infinito de África. Marco Jossef de Izmir pateaba las arenas interminables del desierto, donde largas y experimentadas caravanas de Tuaregs han dejado sus huesos para ser ignorados por los improbables seres que transiten el Mar de arenas.

Caía otra noche sobre su túnica vieja y gris. Sus pasos continuaban el ritmo cadente de su respiración solitaria. El

último compañero, Argos, lo había abandonado cerca del estrecho de Gibraltar, muchos años atrás.

En la mente de Marco, un paso era igual a otro. Un día no era distinto del anterior. No habría más granos de arena bajo sus pies, que años en su atiborrada memoria. Sólo el olvido lo aliviaba de saberse un inmortal.

Durante mucho tiempo, demasiado, Marco de Izmir y su amigo Argos, deambularon por el norte del continente. Desde su nacimiento a la nueva vida, cerca de lo que hoy se conoce como Al Jizah. Donde se encontraron con el ahora subterráneo río de aguas negras. El río que provee la inmortalidad y cuya fama ha llegado, ya desde la antigüedad hasta

el Indostán, Hispania o Yerevan.

Muchos fueron los que corrieron en su búsqueda. Pocos los que volvieron.

Dicen que el padre de la Ilíada fue uno de los que se marchó tras el río mágico para no ser visto de nuevo.

Otros aseguran que la ciudadela que se alza a la vera del río es un laberinto absurdo creado por los inmortales luego de siglos de vivir en ese mundo igualmente vano. Esto no carece de sentido, ya que nosotros, que conocemos nuestra finitud, estamos obligados, condicionados, usando las palabras del austriaco, a reconocer que cada momento, cada acto, puede ser el último. Nada de lo que experimentamos volverá en iguales condiciones. Cada instante es único y precioso. En cambio, para Marco y sus

semejantes, todo se llena de futilidad, de naderías. Cualquier cosa terrible o sutil, aún la más improbable, se repetirá tarde o temprano. Para nosotros, el horizonte es la muerte. Y nuestro máximo valor: la vida. Son las medidas de nuestro ser. Y nuestras mejores filosofías se asientan sobre ellas. Pero, ¿Cómo serían los principios para un inmortal? Alguien dijo a viva voz: -Ellos deben buscar el fin del dolor físico, ya que la muerte no los alcanza.- No carece de sentido común, si creemos que existe una escala de valores similar para ambas especies. Al finalizar el temor a la muerte, continúa en el ranking, el dolor.

En la ciudad en que Marco bebió del río de la vida, abundaban seres con

forma humana y conducta animal o tal vez sería mejor decir vegetal. Al saber que ya no había nada nuevo bajo el sol para ellos, ¿Qué entusiasmo podría caber? Yacían recostados, desnudos, comiendo alguna serpiente para aliviar el malestar de un estómago acostumbrado a trabajar. Uno de ellos, recordó Marco, tenía un ave anidando en su pecho. Hubo quien, harto de sentir hambre y sed, se arrojó por un peñasco. Se rompió varios huesos y estuvo durante días gritando por ayuda. Se debe haber curado solo. Pero debió esperar setenta años para que alguien le arroje una cuerda. Ni la compasión los aquejaba. Luego se lo veía con una pierna en forma de S, seguramente sus huesos se soldaron sin que él se

los acomodara.

Podríamos asumir que el placer tomaría un lugar relevante en su vida.

Veamos. Es común que nos agrade algo, o mejor dicho, que deseemos algo. Luego de satisfacer ese deseo comienza, lentamente a decaer.

Detrás de todo interés y cada acto que tenga un hombre, se esconde un mezquino apetito por satisfacer un deseo. Para sentir placer. Según el demente de Nietzsche, no hay otro motor para el humano. Tampoco carece de sentido. Pero he ahí un asunto interesante: los placeres se agotan con su experimentación. Son sabrosas las frutillas, pero luego de comer medio kilo comienzan a transformarse en padecimiento. No parece que haya algo que no empiece

a aburrir y ser tedioso luego de cierto tiempo. Y los pares de Marco de Izmir tienen todo el tiempo a su disposición. Parece lógico asumir que cuando abandonaron la ciudad laberinto, fue para buscar ese otro río. El que completa la simetría. Un río da la vida eterna, otro otorga la posibilidad de morir. -No te aflijas por algo tan trivial como la muerte de una vieja mujer- dijo una anciana a su nieto, momentos antes de fallecer. Se puede asegurar que la vida, como las frutas más exquisitas, puede llegar a empalagar al hombre.

Una forma de tortura o castigo ancestral ha sido privar a las personas de la compañía de sus congéneres. Quedar en solitario es una de las formas de hacer sufrir a los reos más

callosos. Estar encerrado y solo no es vida que merezca ser vivida, parece. Lo que ha alentado a muchos de resistir estas situaciones ha sido la esperanza de abandonar esa condición. Incluso los condenados a cadena perpetua tienen esperanzas: escapar, la visita de algún familiar, morir. Son pequeños o grandes escapes.

De esa cárcel huía Marco aquella noche. Harto ya de viajar por todo su mundo conocido. Decenas de veces caminó hasta dar con alguna población desconocida. Aprendió varios idiomas, que luego los mezclaba y olvidaba con gran naturalidad. Conocía y veía morir gentes de un lugar y luego de otro. Varias veces, agotado de un lugar

emprendía la marcha, siempre con una vara para ayudarse a caminar y un bolso con alguna comida o recuerdo de los que llegó a conocer y no se resignaba a olvidar. Al llegar al que llamamos Mar Rojo, quedó un momento, o varios días junto a la orilla. Entonces, arrojó el bolso, se quitó la ropa y se zambulló en las aguas. Nadó unos minutos hasta considerar que la corriente no lo traería de vuelta a la orilla. Allí quedó inmóvil, a merced de las olas. Y del destino que ellas le quisieran entregar.

Durante semanas viajó cual tronco a la deriva. Coronado de algas y rémoras. Con los pies cubierto de ciertos moluscos que suelen utilizar los cascos de los barcos como hogar. Algún pez le sirvió de alimento. Una

mañana despertó en una playa.

La corteza de un árbol calmó el hambre.

Pasó algunos años en la ciudad de Mitsiwa, cerca del cuerno de África. Luego los poblados de Barentu, Teseney y otros que cayeron en la fortuna del olvido, fueron fatigados por los pies y bastón de Marco. Algunos meses después, un día como cualquier otro día, tomó su bolso de recuerdos y partió hacia el desierto. Al cabo de unos meses llegó hasta la orilla de un río caudaloso que los nativos llamaban Nahr an Nil. El nuevo bolso, que contenía el collar de quien fuera su mujer cayó al piso, sus ropas y el bastón los siguieron. El soldado romano Marco de Izmir se arrojó al

poderoso río. Luego de algunas brazadas procedió a dormir un rato.

Varias veces vio pasar al sol sobre su cabeza. Desde su condición náutica, pudo ver en una de las orillas, figuras humanas colosales esculpidas en la ladera misma de una montaña.

Primero se extrañó que el hombre, diminuto en el tiempo, usara su vida para algo tan inservible como representaciones gigantescas. Eso sería natural en individuos que cuentan con toda la eternidad, pero no lo entendía en seres finitos. Una de las figuras tenía un pie adelantado, las otras no. Le resultó curioso de veras.

Cerca de la desembocadura del río Nil, recobró su condición de animal terrestre. Pasó por la mítica Alejandría

y continuó rumbo oeste.

Y es aquí cuando llegamos a la noche en cuestión.

Cuando nuestro ex soldado romano, viudo dos veces y amigo de Argos de Ellás llegó a la noche que fue distinta a todas las noches de su vida. Las estrellas no presagiaron nada, tampoco el aire se mostró distinto.

Mientras Marco pasaba por las arenas, uno de los pocos pozos secos, que se sitúan al azar por el Erg(1), se atravesó en su camino. Se percató cuando sus piernas y cabeza comenzaron a golpear duramente contra las formaciones pétreas del interior del pozo. Alcanzó a escuchar un grito o resoplido cuando sus pulmones alcanzaron el fondo

indeseado. Los sonidos y el espantoso dolor le indicaron que tenía varios huesos quebrados.

Una pequeña luz en lo que debía ser la boca del pozo, le indicó que era de día. Recordó al miserable que se arrojó del peñasco. No quería una pierna con forma de S. Entre gritos que fueron escuchados solo por un alacrán, nuestro soldado acomodó los huesos maltrechos. A los dos días ya no sangraba y las piernas se sentían mejor. Pero el hambre y la sed le hacían desear que el arácnido que se había almorzado hubiera tenido poder para finalizar su situación. Pensó en comerse los dedos. Tal vez únicamente los de los pies. Pero no le pareció un buen negocio. Dolor de estómago por dolor de pies.

Al cabo de cinco meses empezó una sensación que había olvidado: la desesperación. Estaba en el desierto más grande que conocía y fuera de cualquier ruta usada por los Tuaregs. Yacía atrapado en un pozo olvidado, sin posibilidad de escapar por medios propios. Únicamente le cabía la improbable esperanza de que alguien le arrojara una cuerda.

Dos años después de permanecer allí cayó una piedra sobre su cabeza. Tardó uno o dos minutos en darse cuenta de lo que había sucedido. Entonces empezó a gritar y saltar. Durante largo rato llamó a quien hubiera arrojado aquel pedrusco. Nadie contestó. -Alguien pasó- Pensó o dijo. Y era posible que otra persona volviera a pasar y también posible que

pasara de noche, cayendo hasta el fondo como él. Sería una compañía si no se mataba. Claro que entre las probabilidades, y recordemos que la mínima posibilidad de algo es inevitable en un tiempo infinito, era posible que otro inmortal cayera junto a él. Sería cuestión de esperar.

Ya había probado, quizá, todos los pasatiempos posibles: Recordar su vida día a día; contarse los cabellos, siempre le daba distinto, aunque los anudara de a cien para no confundirse; comer arena y luego defecarla. Cantar y luego inventar canciones, recitar todas las palabras conocidas, inventar nuevas palabras. Sabemos que el nombre secreto de Dios otorga un poder especial a quien lo descubra, por lo que se afanó

durante cincuenta años a encontrar la combinación de letras para hallarlo. Pero luego de pronunciar las palabras y pedir salir del pozo, seguía allí. En su soledad y oscuridad perpetua. Tuvo una idea: tal vez había muerto al caer y esa era la muerte. Pero la sensación continua de hambre y el olor asqueante lo inclinaron a pensar que la muerte debía ser más elegante.

Quizá antes o poco después de caer en la locura, recordó su viaje por el gran río. Algunas embarcaciones pasaban a su lado. Las personas no entendían que hacía ese hombre barbudo flotando con cara apacible por esas aguas plagadas de cocodrilos. Una imagen que volvió fue la de aquellas estatuas fabulosas, monstruosas. Esta vez no le resultó

incomprensible la idea de copiar la propia imagen en figuras de tal proporción. Él mismo sentía el arrepentimiento de no haber dejado algo al mundo de los hombres. De sentir que había aportado su voz al coro de la especie.

Así fue que Marco pareció entregarse a su destino de agonía constante. No había muerto, pero tampoco estaba entre los vivos.

Era un paria entre los hombres, lo fue entre los inmortales y lo era de la misma naturaleza, quien parecía avergonzada de haber parido esa criatura y ahora la escondía en su seno. Y la retuvo durante siglos.

La mente y el cuerpo de Marco, permanecieron ausentes de la historia

de los hombres. El nacimiento y caída de grandes imperios ocurrieron sin el conocimiento del romano. Y es aquí donde tenemos un gran vacío de información en su vida. Y donde solo nos queda teorizar sobre los acontecimientos de aquellos años.

Sabemos por Borges, que Marco Jossef de Izmir, murió en alta mar rumbo a su tierra natal y fue sepultado en los, por el año 1930. También que trabajó como anticuario en Inglaterra por aquel tiempo. Lo que carece de información en su biografía (también ignora esto la Enciclopedia Británica), es la forma en que salió de aquella prisión imposible. Es muy improbable que fuera rescatado por alguien en los pocos siglos en que estuvo cautivo por el Sahara. La única explicación

plausible que tengo (y no la más modesta) es que, mientras divagaba por letras y sonidos, al cabo de años y siglos, de pequeñas y grandes variaciones en las palabras. Entre adverbios y declinaciones; verbos y sustantivos jamás oídos, pudo finalmente este soldado de Roma, encontrar y hacer uso del secreto y poderoso nombre de Dios.

(1) Erg: Mar de arena en árabe

Comodoro Rivadavia, 2003

Messi, te odio

Esto es algo que me pasó hace un tiempo, mientras esperaba mi avión desde el Charles de Gaulle a Ezeiza. Se lo conté solamente a mi familia y a unos amigos, pero mi novia me insistió para que lo escribiera. Por ahí, como para exorcizar un poco el asunto.

Esa vez tuve que viajar solo, porque mi novia se quedó unos días más por x razones, así que tomé la conexión más rápida y barata para Buenos Aires.

Como siempre, hay que esperar varias horas en los aeropuertos, sobre todo cuando son intercontinentales, y si las cosas van bien, salen a horario.

Eran las fiestas de fin de año y como esperaba, había poca gente en los pasillos, todos buscan otras fechas para volar. Pero yo tomé el vuelo barato de fin de año. No hubo nadie disfrazado de Papá Noel ni me dieron regalos, ni nada. En una caminata que hice por el aeropuerto, vi unas puertas transparentes que llegaban hasta el techo. Eran deslizables y parecían estar cerradas, pero por un costado se podía pasar. Del otro lado estaba totalmente vacío, y pasé.

Caminé un poco, esperando que en cualquier momento viniera un guardia a decirme que volviera. Pero no apareció nadie. Seguí hasta el final del corredor y vi, que bajando unos escalones había unos ventanales gigantes. La vista era muy linda y para mi sorpresa, había

varias sillas camas mirando hacia las ventanas. La alegría no fue completa, en una de las sillas estaba un muchacho durmiendo, con una gorrita en la cara y un bolso al lado. Me hice el gil y me recosté en uno de los asientos.

Si bien era invierno, afuera no había nieve, solamente lloviznaba un poco. Los aviones, algún camión con equipaje y cosas por el estilo era lo único para animar la vista.

Entonces doy un suspiro de resignación y el muchacho de al lado se levanta la gorrita.

Ahí veo que ese chico era ni más ni menos que Messi, durmiendo una siesta. Me mira, lo miro. Se da cuenta que lo reconozco. Entonces giro la cara hacia enfrente con cara de póker. “El

putito este tenía que estar al lado”

Pensé. O ahora creo que pensé.

Luego de unos segundos de silencio me dice:

-Sos argentino.

Hubo algo en el tono de esas palabras. No sé como explicarlo. Como tristeza o resignación. Lo miré otra vez con mi cara de póker. Asentí con la cabeza.

Miré de vuelta para el frente. No sabía que decir.

-Mirá, perdoná que te moleste. No sabía que hubiera alguien acá. Te dejo solo otra vez. Seguramente estás cansado de los fans.- Amagué a levantarme.

-No te tenés que ir. La verdad es que

casi no puedo hablar con nadie...
normal. Siempre que viene alguien es
para pedir algo.-

Yo quedé en silencio otra vez, mirando
para afuera. Creo que entonces
empezó a llover más.

Él tampoco dijo nada. La cosa estuvo
así un rato. Se escuchaban los
altavoces, en francés y en inglés. Por
ahí había algún anuncio en castellano o
algún otro idioma que no entendía. No
se cuanto tiempo pasó. Entonces dice:

-Mirá, me gustaría preguntarte algo.
Creo que sos el único que me diría la
verdad. Veo que no tenés el más
mínimo interés en hablarme.

Lo miro y le hago un gesto con la cara
“y dale”

-¿por qué me odian? No creo haber hecho nada para hacer enemigos en Argentina. Es el único país en donde hay gente que no me puede ni ver. De otras partes, o me conocen y me piden algo, o no me conocen.

Pero de Argentina... es tan obvia la cara de asco que me ponen. Solamente me gustaría saber por qué. En serio que no entiendo.-

Me parecía raro que estuviera ahí solo, sin el papá, o tío o no se quién viaja con él. Al menos alguien de seguridad. Pero bueno, por ahí por ser esa fecha, como no andaba casi nadie en el aeropuerto, lo soltaron solo.

-Mirá, Messi. No es que te odie. Solamente no me parece que seas un jugador especial. Es decir, sos bueno,

eso está claro. Nadie lo discute, pero para mí, vos jugás en un equipo extranjero, te ganás la vida allá y... todo bien, te ganás la vida, chabón. Solamente no pondría tu foto en mi pared.-

-¿Tenés fotos de futbolistas en tu pared?-

-Tenía cuando era más pendejo, ahora ya no.-

-¿A quién tenías?-

-A Diego, a Palermo y una foto de la selección de 82 con el cartel "Las Malvinas son argentinas"-

Messi jugaba con la correa de su bolsito.

-¿Por qué ellos sí, y yo no? Quiero

decir, sos libre de poner lo que quieras pero, ¿que diferencia hay entre ellos y yo?-

Esa respuesta la pensé. La pensé mucho, en ese momento y después. Sobre todo en estos meses. Lo que escribo ahora es un poco lo que le dije y mucho lo que he pensado en este tiempo.

-Sabés, la diferencia no es el talento. Sinceramente creo que Maradona era un poco mejor. Por cierto Palermo, no. Y los muchachos del 82 nos trajeron la copa, algunos antes y otros después de esa foto.

La gran diferencia es el corazón que dejaron por Argentina.

Diego jugó con su pié hecho bolsa.

Palermo hizo goles hasta con una lesión en la rodilla. Los admiro sobre todo por poner el pecho a todo y a todos... por nuestros colores!

Y, perdonáme, pero a vos no te veo haciendo eso. Jugás por plata en un club de otro continente. Y no es que esté mal. Es tu trabajo. Pero no es lo mismo que ellos. Tendría una foto de Sorín o Almeyda antes que una de Messi. Ellos pusieron todo por su club y por Argentina. Respeto eso más que el talento.-

Él seguía jugando con la correa, pero tenía una expresión en la boca. Algo le molestaba de verdad.

-Es decir que si desde ahora yo me matara por Argentina, si pusiera la cabeza para tapar un tiro o jugara

desgarrado, ¿vos me aceptarías?-

-No sé.-

-Sigo sin entender.-

¡La pucha! Tenía razón, había algo que yo tampoco entendía.

-Como lo puedo explicar... cuando pienso en un jugador de Argentina, en EL jugador de Argentina, lo que veo es a Diego gambeteando a los ingleses. Lo veo con la camiseta manchada con su propia sangre de los codazos que se comió y el tipo seguía encarando. Lo veo a él corriendo entre los africanos y me veo a mi mismo a su lado, acompañándolo, como para que no se sienta solo. No puedo pensar en nadie que pudiese darle tanto a la selección como lo hizo él. Solamente con su

presencia nos agrandábamos nosotros y se achicaban los otros.-

Me di cuenta que se me habían enrojecido los ojos.

-Perdonáme, Messi. Tenías razón. Es verdad, te odio. Pero te odio porque no sos Maradona.

Quedamos así un rato.

Seguían las voces en los altoparlantes. Seguía la lluvia allá en París.

Creo que no me volvió a mirar. Se levantó, acomodó su bolsito y me alcanzó su gorra:

-Tenéla, por favor. Si un día cambiás de opinión, por ahí, pasa a tener algún valor para vos.

Voy a pensar en lo que hablamos.

Deseáanos suerte para el próximo partido de las eliminatorias que no está fácil la cosa.-

Hizo un gesto con la mano y se fue.

Yo me quedé ahí un rato largo. Mirando la lluvia.

Los siguientes partidos de la selección no fueron mucho mejores para él. En uno de ellos, hizo un tiro libre y tiró la pelota a la hinchada.

Ahí vi como bajó la cabeza y se agarró la cara. Fue la primera vez que lo vi preocupado con nuestra camiseta. Por primera vez pude ver que sentía algo. Que no jugaba para nosotros solamente para cumplir y que no se cuidaba las piernas para poder cobrar su sueldo en España.

Me acuerdo que en el entretiempo fui al cajón de la pieza y saqué la gorrita que me había dado.

Me la puse frente al espejo y miré el resto del partido.

Sin dudas algo cambió esa noche.

Desde esa vez, no veo un partido de la celeste y blanca sin esa gorrita del Barca.

2018 Chomecice, Polonia

Un sueño

Anoche tuve otra vez el sueño: En mi casa de Comodoro, estábamos mi hermano Leonardo , mi hermana Rosa , mi mamá Edith , papá, algunos primos y Joanna . Entre nosotros estaba sentado nuestro abuelo Pascual, que falleció hace 20 años. Durante un rato largo, recordamos anécdotas de cuando mi mamá y tíos eran chicos o de cuando construía la casa donde luego viviríamos.

Lo curioso era que todos sabíamos cual era su situación actual, pero nadie quería decirlo. Quizá por miedo a romper ese hechizo. En un momento, me acerqué y le pregunté: -abuelo...

¿cómo es? Él me miró con simpatía:
-No puedo decir nada. No me dejan. -
Con mi hermano lo seguimos mirando: -
¿No puede, abuelo? pero... ¿es mejor o
peor que esto? - Mi abuelo me sonrió y
me guiñó un ojo. Con mi hermano casi
gritamos: "¡Es mejor!" Quizá el sueño
continuó, o terminó ahí, pero lo cierto
es que desperté sintiéndome muy bien.
Un abrazo, abuelo, donde sea que
estés.-

2012, Poznan

Zamkowa księga



1. el castillo

Se dice que Łomża tiene una de las mejores cervezas del centro europeo. Pero esa es una verdad parcial; una de las mentes más interesantes que he conocido, vio por primera vez la luz en las afueras de la ciudad. La profesora Nadolna permanece la mitad del tiempo en Łomża y la otra en el castillo de la

cercana ciudad de Olsztyn. Esa tarde me fue a buscar a la estación de trenes, cuando llegué de mi viaje de Argentina y me ofreció quedarme en el castillo. Me reconoció de inmediato. Es fácil reconocer a un argentino en Polonia. Aún cuando ya era primavera, había algo de nieve en el área. La vi desde el avión cuando aterrizábamos, cual delicada decoración sobre las calles y edificios.

-No solemos usar este lugar para hospedar gente, pero como usted viene de la Biblioteca Nacional de Argentina, pensamos que era posible hacer una excepción. Espero que este lugar tan viejo sea lo suficientemente cómodo para alguien del nuevo mundo.-dijo la profesora Nadolna. Ella medía alrededor de un metro setenta. Con

cabellos rubios y ojos celestes. Tenía una sonrisa en su rostro la mayor parte del tiempo, algo que no sospeché en nuestras previas conversaciones telefónicas y claro, tampoco en las cartas que me escribió.

-Es más que un honor para mí, sabía de este lugar por fotografías. Se lo agradezco profundamente, profesora. Nunca pensé que podría estar alguna vez en un castillo. Para mí, es algo salido de un cuento. –Le dije, con algo de cortesía y mucho de honestidad. Pasamos esa tarde caminando a orillas del lago y conversando sobre mis razones de viajar a Polonia y sobre todo, a Olsztyn.

Después de muchos años, vi con mis propios ojos aquellas imágenes semi

borradas de mi memoria. El castillo enorme y rojizo, la estatua de Nicolás Copérnico sosteniendo la Tierra, un arroyo (luego supe que era un lago). Todas esas imágenes estuvieron en mi cabeza desde que viviera en mi vieja casa en La Patagonia.

-Cuando yo tenía unos cinco años, solía tomar mi baño frente a una pared con una chapa de metal pulido. Me gustaba jugar ahí, mirando ese espejo. No puedo recordar con exactitud cuando fue la primera vez pero, me quedé mirando, sin pestañar y luego de un minuto, vi y sentí que mi cara cambiaba en el reflejo. La superficie del metal cambió, tomó vida, empezó a mostrar colores y formas. Y esas formas eran tan normales para mí. Estaba seguro de que todos los chicos

veían las mismas cosas cuando se bañaban. Después de un rato de mirar fijamente ese espejo, veía siempre, esas imágenes. Algunas veces veía personas caminando en una calle, otras veces un océano. No sentía miedo ni intranquilidad ante esto, ya que era completamente natural a mis ojos. Un día vi un bosque oscuro con muchos lobos o perros corriendo al lado mío. Otro día, una citadela de piedra esculpida en la ladera de una montaña. Y otras veces, veía un hermoso castillo, con algunos árboles alrededor. Unos días con follaje verde, otros blanco de flores. Vi al castillo desde distintos lugares y distintas horas, incluso lo dibujé varias veces en la escuela. Pero fue la estatua la visión más perdurable. Una estatua que siempre aparecía junto

al castillo.

Por esos años solía pasar la mayor parte de mi tiempo en la biblioteca de casa. En una de esas larguísimas tardes, encontré en un libro, la foto de una estatua: Nicolás Copérnico, sentado en un parque, sosteniendo al mundo. Y me di cuenta que era tal como en mis visiones. Estuve leyendo sobre ella y encontré que era real, no parte de mi imaginación. Fue construida hace muchos años en una ciudad del norte de Polonia, llamada Olsztyn. Esa explicación significó poco para mí, entonces. Lo único que me importaba, era saber que esos sueños lúcidos tenían un lazo con la realidad. Que realmente vi, una parte del mundo.

Entonces, comencé a leer sobre este

hombre. Todos sabemos lo importante que fue en la historia, nos dio una de las claves para entender quienes somos y sobre todo, donde estamos en el universo. Escribió algunas cosas que fueron únicas, y una de ellas fue una piedra básica en mi vida: “No importa si todo el mundo esta en nuestra contra, es posible que todos ellos estén equivocados y nosotros seamos los únicos acertados.”

Fue en ese año, en que Copérnico era mi referente de vida, cuando pasaba horas en mi bañera, mirando la pared metálica. Me quedaba ahí, flotando en mi océano privado, mirando las imágenes, pero más y más, eran acerca de él. Vi a Copérnico entrando y saliendo del castillo. Lo vi durmiendo en una cama de madera. Lo vi dibujando

líneas en una pared a la luz de unas velas. Sus ojos se veían tan descolocados esa noche. Varias veces se apareció leyendo un libro, creo que siempre era el mismo. Debió ser en secreto, porque se lo veía inquieto. Le hizo copias, a lo que se alcanzaba a ver como escrito en una lengua no latina. Jamás volví a ver esos caracteres. Claro, eso llamó mi atención mucho tiempo después, cuando mi atención cayó sobre ese libro y empecé a escribir sobre él.-

Sobre estos temas conversamos esa tarde con la profesora Nadolna, mientras caminábamos cerca del lago. Curiosamente, no mostró gran sorpresa cuando supo de estas visiones de mi época infantil. Me tomó algún tiempo darme cuenta de que ella también tenía

un extraño pasado, pero que su humildad o temor le impedía tocar abiertamente. De esto charlamos y de varios de los hechos más importantes de la ciudad. Algunos de ellos divertidos, otros alegres y también tristes.

Esa noche, la profesora Nadolna me acompañó hasta una habitación gigantesca en algún lugar del castillo. Esperaba que estuviese iluminado con velas, como había visto en tantas películas, pero la vida moderna también estaba en el castillo centenario. Aun así, esa lámpara fue insuficiente para iluminar el cielorraso invisible. Tomé mi diario y comencé a tomar nota de todo lo ocurrido ese día. Algunas comparaciones me fueron inevitables. Cuando Shi-Guan Tí llegó al poder,

decretó que todos los eventos anteriores a su gobierno, serian borrados. La historia de China empezaba con él. Basó su vida en crear una memoria eterna de sí mismo; hizo construir la gran muralla, ordenó crear al ejército de terracota e investigó obstinadamente, la manera de alcanzar la inmortalidad usando todo tipo de elixires. En otro continente y alrededor del año 1350 antes de Cristo, Akenatón comenzó con cambios muy profundos en la política egipcia. Mandó a buscar a sus ejércitos que invadían los países vecinos. Estableció que todos los egipcios tuvieran acceso a la educación. Quitó muchos privilegios a la clase alta. Por supuesto, esto comenzó a crearle muchos enemigos de cuidar. Luego de su no muy clara

muerte, su sobrino Tutankamon accedió al trono. Este sobrino mostró de inmediato una continuación de las políticas del tío, y así fue que tuvo una muerte temprana. Seguro, a manos de los mismos que cuartaran la vida del revolucionario Akenatón.

Inmediatamente luego de esta segunda muerte, se borró el nombre de Atón de todos los lugares...o casi todos- se pretendía eliminar la existencia de esta persona de la historia. Y casi lo lograron.

Los odios o miedos intentaron borrar esos años que igualmente nos llegaron hasta nosotros. Sabemos sobre la China antigua, como también del amor de Akenatón por un dios único, el dios del amor. Quitando todos los clásicos dioses sanguinarios de Amón. Tanto

Shi-Guan Tí como luego Horemherb intentaron silenciar el pasado. El Primer Emperador y el Faraón buscaron erradicar lo que temían u odiaban, y así librarse de su sombra oprimente.

En una forma similar pero con otros motivos, yo desearía borrar de mi mente y callar por siempre lo que aprendí sobre los años en que los alemanes estuvieron en estas hermosas ciudades, dejando muerte y odios. No solamente a los pobladores locales sino, como puedo dar fe, al mundo.

Escogí dejar esa parte del tiempo en el olvido. Quiero pensar que nunca sucedió. Que el mundo no perdió sesenta millones de vidas sólo por la idiosincrasia de un país. No dejo de

asombrarme de como estas personas viven con tanta paz con su pasado. De seguro no ocurriría lo mismo con nosotros. O tal vez lo lleven guardado mejor de lo que lo haríamos nosotros, latinos con casi nula posibilidad de disimular nuestros sentimientos.

Hoy, al rememorar esa primera noche en el castillo, la primera palabra que viene a mí es *frío*. Cuando estaba en la cama, escribí estos pensamientos en el diario, quizás para entenderlos mejor, o sólo para que en el futuro tuviera un testigo de esas sensaciones únicas y que ahora considero sagradas. Luego apagué la luz y me dejé ir en mis sueños, deseando encontrarme con ellos otra vez.



El Castillo y el Sistema Solar rediseñado por Copérnico.

2. el libro

Al día siguiente, la profesora Nadolna y yo fuimos a caminar. Fue entonces cuando le expliqué la verdadera naturaleza de mi visita.

-Gracias a esos sueños que tuve y a los trabajos posteriores que leí-comencé-
llegué a conocer este libro especial.

Que parece tratar de ciencias y algunas artes. Desde un comienzo estuve bastante seguro de que no era solamente una parte mi imaginación infantil. Pero luego, supe de un cuento, una historia supuestamente de ficción, que trataba de un libro muy similar.

Lamentablemente, cuando quise ubicar a su autor, me enteré de que ya había fallecido, por lo que no tuve la

oportunidad de consultarlo sobre lo que pudiese haber descubierto en su lectura. Aun así, pude localizar a su viuda. Ella era una señora muy atareada en aquel momento, en la realización de una fundación. Le escribí una carta y un par de semanas después, me contestó con un facsímil. Ahí me explicaba del destino ignoto del libro (que sí existía) y me agregó unas copias de lo que su marido había usado para aquel relato. Era, al parecer, lo que yo estaba buscando. Tenía algunos dibujos de trayectorias, anotaciones en polaco y lo que se veía como cálculos de la posición del sol. Gracias a la Colectividad Polaca de mi ciudad, supe que lo escrito ahí eran las observaciones y corroboraciones de lo que poseía el famoso libro.

Fue entonces que comencé a buscarlo: un libro antiguo, que fue usado por Copérnico, que estuvo en un castillo de Polonia y en la Biblioteca Nacional. Luego de un tiempo de investigaciones, encontré este lugar. Al escribir a la dirección que me dio la embajada polaca, me contestó usted. Bien, ya sabe el resto de la historia.-

-Es muy inusual recibir una carta desde la Biblioteca Nacional de Argentina, preguntando por un libro antiguo, escrito en un alfabeto no latino y con comentarios en polaco.-me dijo la profesora.-inusual e interesante, por supuesto. Además, estábamos con mucha curiosidad por saber como habían localizado este lugar. Un pequeño con visiones estaba entre las últimas posibilidades, créame. Pero la

vida es extraña. Cosas como esas suceden, o podrían suceder.

Esa mañana caminamos por las calles de Olsztyn. Hablamos sobre el libro, nuestros estudios en literatura y por supuesto, sobre Mikolaj Kopernik, como ella lo llama en su idioma original.

-Aun hay algunas partes de su vida que permanecen sin determinar.-me dijo.-

Cuando estaba dibujando las líneas en la pared del corredor del castillo, usó algún método que no podemos reproducir. Son líneas que sirven para entender el movimiento real de la tierra alrededor del sol. Por supuesto, esto indica que es la tierra la que se mueve, no el sol. Nos hemos sentido muy frustrados por esta situación, porque vemos que sus cálculos fueron

correctos, pero después de varios siglos, no encontramos su método. Ahora usted me dice que es posible que haya basado, al menos la idea básica, en un libro antiguo. Entonces, estas partes en blanco podrían tener sentido.-

-Me temo que sólo tengo en mi memoria, algunas imágenes borrosas de ese libro. Es más, las copias que me envió la señora Kodama tampoco son muy claras y mi nivel de comprensión en estos temas son muy limitados. Esta señora vio por última vez al libro hace casi treinta años, un poco antes de que su esposo lo dejara en la Biblioteca Nacional.-

-¿Sabe que sucedió con el libro luego de eso?-

-Para serle honesto, la última pista que tengo luego de la Biblioteca, es éste castillo.-

-Le puedo asegurar que conozco cada centímetro del castillo, y jamás vi un libro con estas características. Sería maravilloso poder leer y estudiar una pieza tan única.-

Cenamos pierogi en el centro de la ciudad y luego volvimos a pasar la noche en el castillo.

El día siguiente comencé a revisar la biblioteca principal, además de los libros usuales y básicos, encontré algunas copias medievales, Sobre ética, de Teofilatos de Somocata. Miniaturas que el bibliotecario me permitió ver y tocar. El *hypothesibus motuum coelestium a se constitutis*

commentariolus y otros trabajos de Kopernik, que son guardados con el celo que merecen. Además de los mencionados estudios sobre los rayos del sol, tienen otros trabajos manuscritos únicos, realizados en Olsztyn, que permanecen en gran estado de conservación.

Durante los días siguientes, me mostraron varias bibliotecas en la zona de Mazurnia, de la cual Olsztyn es parte. La profesora Nadolna estuvo conmigo la mayor parte del tiempo. Su guía fue fundamental para entender estos lugares. Me dieron la idea de generar un intercambio entre las bibliotecas del área y las de Argentina, a la que accedí con total agrado. Me acercaron una lista de muchos títulos para que podamos comparar en casa y

así ofrecerles otro listado local de libros raros.

Un día, mientras volvíamos hacia el castillo, nos detuvimos a la entrada de una arcada. Tendría unos veinticinco metros, completamente hecha con ladrillos y con un delicado estilo, similar al romano del este.

-Ésta es la “Gran Puerta”-me dijo la profesora-es usual que cuando la gente pasa caminando, pida un deseo. Probablemente todos aquí lo hemos hecho. Algunos de estos deseos son concedidos, otros deberán esperar un poco más.-me dijo con una sonrisa, dando unos pasos atrás.-

Por supuesto que tenía un gran deseo para pedir. Viajé una gran parte del planeta en la búsqueda del libro,

tratando de encontrar ese vínculo entre él y Mikolaj. He llegado a comprobar que todo ese mundo que atestigüé en mi niñez era verdaderos. Si el universo era capaz de hablarnos en esta forma tan misteriosa, quería adentrarme por completo en él. Si es posible asomarse en sus secretos corredores, entonces caminaré por ellos con todo mi ser.

Vi a las personas caminando bajo la Gran Puerta, algunos de ellos me miraban. Ciertamente yo no lucía como un típico polaco, con parte de mi sangre india, mi piel era mucho más oscura que la de ellos. Sentía sus ojos desde que arribé a esta zona de Europa, pero la mayoría de ellos, sino todos, lo hacían de una manera agradable, acompañados de una sonrisa. Podía deducir que era una curiosidad hija de

un auténtico interés y no segregación, como es conocido en otras culturas.

También debo decir con gusto, que mi anfitriona siempre mostró en su rostro la mayor simpatía. Algo que no es tan fácil de encontrar.

Y con respecto a mi deseo, es claro, fue sobre el libro. Pero no sólo sobre él.

Al momento de volver al castillo, el sol estaba poniéndose. De alguna manera, todo el escenario a nuestro alrededor tomó un colorido muy particular y me recordó como nunca y por primera vez en mi edad adulta, aquellos días en la bañera de mi casa. Sentí que volvía, por unos preciosos segundos, a esos años en mi Patagonia. Respiré y disfruté ese instante con todas mis fuerzas.

Dentro del castillo, en el corredor principal, nos quedamos observando los dibujos sobre la pared. Tal como los vi en los facsimils, tenía los rayos del sol, con sus distintos grados en cada época del año. A nuestra izquierda, nos miraba la figura a tamaño natural de Kopernik.

-Verá, hay un par de cosas que recuerdo perfectamente sobre él.-le dije-Una vez conversamos. He estado pensando mucho sobre ese hecho. ¿Cómo puede ser posible conversar con alguien que yo no existe hace tanto tiempo? Y lo que creo es que, una vez, mientras yo estaba en ese trance, Mikolaj estaba durmiendo y soñando. Yo estaba mirando el espejo desde mi bañera, y él estaba durmiendo en su cama. Tengo esas imágenes muy

vívidas aún. Era un desierto blanco, nos rodeaba un cielo negro, lleno de muchas estrellas. Él no se veía como en las pinturas, sus cabellos eran cortos y blancos, con una nariz muy fina y la mirada de un chico. Aun cuando era de noche, toda la tierra a nuestro alrededor estaba iluminada. Cosa que es común en los sueños. Si aún tengo esto en mi memoria es porque, luego de que me dijera algo, no se en que idioma y con una sonrisa en la cara, señaló hacia arriba, en el bóveda negra. Fue entonces que me percaté que ahí, entre los miles de puntos brillantes estaba, flotando en el espacio, La Tierra.

Luego de mis recientes experiencias, comencé a darle otro valor a ese evento. Me pregunto si realmente

estuvimos unidos esa noche. Si tal vez nuestra comunicación era no sólo de una vía. Quiero pensar que al menos esa noche, mientras él dormía, pudo ver algo más a través de mí.

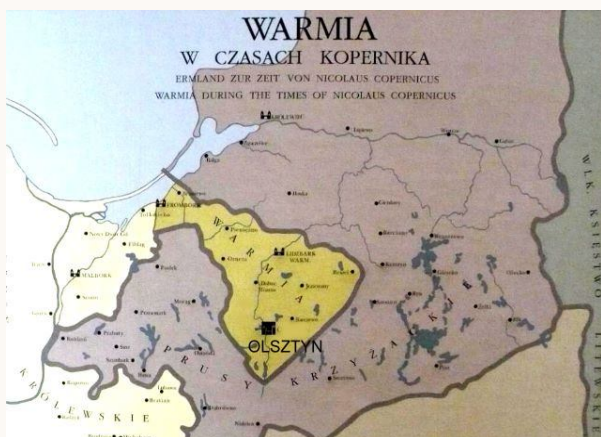
Recordé que tenía unos papeles para mostrar a la profesora.

-Esta es una las cartas que usted nos escribió, profesora. Y esto es del libro de visitas de la Biblioteca Nacional. Ahí mantenemos las firmas de todos los que entran.-le enseñé ambas firmas juntas.-No pensé que fuera a firmar con el mismo nombre cuando usted estuvo en Buenos Aires, es algo que me sigue intrigando, no se quiso ocultar en ningún momento. Las dos firmas son idénticas: *Sra. S. Nadolna 10 de abril, 1983*. Bueno, al menos ahora ya estoy

seguro de que usted estuvo ahí, y no queda otra explicación que fue para recuperar el libro. En realidad no presentaría ninguna queja. Creo firmemente que éste es el verdadero lugar donde guardarlo. Tuvimos suerte de tenerlo unos años, incluso no sé como llegó a Argentina. Solamente espero que algún día lo vea editado para poder investigarlo en forma correcta.-le dije con una sonrisa.-

-Bien, no se que decirle. Muchas cosas pudieron suceder. Sólo le puedo decir que respeto mucho su interés, veo que es genuino. Y claro, si alguna vez veo ese libro, tendrá la primera copia Por supuesto, luego de que lo estudiemos como corresponde. Nuestros deberes con el trabajo que elegimos son sagrados para gente como usted o yo.

Estoy segura de que me entiende.-me dijo-Esto es tan extraño para mí. Tendré que pensarlo detenidamente. Hoy fue un día largo y extenuante. Debería ir a dormir ahora....y quería decirle, usted está durmiendo en la misma cama que él usó hace años. Que tenga buenas noches.



La zona del Castillo en la época de Copérnico
– Estatua a orillas del lago.



3. el diario

A la mañana siguiente me desperté temprano. Debía llamar a Buenos Aires para dar un reporte completo de lo sucedido en esos días. Mis órdenes fueron volver de inmediato. Luego de

conversar con ellos, me fui a un restaurante para luego pasar la mañana en la Biblioteca Municipal.

Fui a despedirme de la profesora Nadolna. El sol estaba en algún lugar detrás de las nubes. Todo alrededor se veía en sintonía con mi estado de ánimo. Los árboles estaban anaranjados, el castillo rojo y marrón. Incluso la estatua de Mikolaj se veía decorada con flores. Una alfombra de hojas amarillentas formaba el camino al castillo. Ella estaba en la habitación de la entrada, escribiendo algo en una hoja grande.

- Dzień dobry, profesora. -La saludé.-

- Dzień dobry, pase por favor.-

El papel tenía una inscripción en polaco

que decía:

*Kopernik, mieszkaniec zamku
olsztynskiego 1516 1521*

-Este cartel va a estar en la sala de la entrada-me dijo-así los visitantes podrán tener una lectura rápida de algunos datos básicos, del castillo, y de él también.-Me explicó.-Todavía no estoy segura si debería agregar las traducciones en otros idiomas. No tenemos muchos turistas. Madre Rusia prefiere mantenerlos del otro lado de la Cortina.-

-Entonces tiene una buena razón para hacer colocar esas traducciones. Sería muy bueno si puede expresar sus deseos de comunicarse con el mundo.-

-¿Expresarse? ¿Deseos? Veo que

usted no tiene mucha experiencia en países comunistas.

Miré en el otro lado de la mesa, y vi varios papeles, algunos con las traducciones en polaco, inglés y alemán. Ella seguía mirando su hoja y aunque me vio simuló que no lo hizo. Sus ojos seguían en el papel blanco. Me quedé mirándola. Tenía un mechón de cabellos sobre su cara y con la luz del sol a sus espaldas, ella lucía como un día de verano en un trigal de las pampas. Estoy seguro de que por un momento, el reloj dejó de funcionar. Entonces le dije:

-No hemos tenido gobiernos comunistas, pero de tanto en tanto padecimos algunas interrupciones militares. Es parecido, aunque tengo

amigos que no concuerdan con esta visión negativa de los mandatos De Facto. Como sea, hoy hablé con mi jefe, debo volver de inmediato a Buenos Aires. Vine a despedirme y a agradecerle su ayuda. Me voy en el tren de las 13hs a Varsovia. Creo que mi trabajo llegó a su fin. No tiene sentido buscar algo que no aparecerá. Mi Biblioteca no puede seguir pagando una investigación de esta índole, basada en sueños viejos y unos papeles de la Sra. Kodama.-

-Entiendo, mi Castillo también se vuelve impaciente cuando viajo detrás de algún libro.-me dijo mientras caminaba hacia una habitación. Un par de minutos después volvió con su campera y cartera.-Si se tiene que marchar en el tren de las 13hs, debemos salir ahora.

Usted todavía no está en condiciones de sobrevivir solo en las calles polacas.-me dijo con una sonrisa.-Sé lo que es andar por un país que no habla nuestra lengua.-

Cuando salíamos, pasamos frente a la estatua y me preguntó:

-¿Qué más recuerda de él? De cuando era pequeño.-Solo entonces me di cuenta de que ella estaba profundamente interesada y que me creía. Y en ese momento estaba ansiosa de acceder a esos preciosos momentos que tuve.

-Él disfrutaba mucho de pasear en esta zona. Algunas veces venía a caminar solo y a pensar. Una vez lo vi usando una tapado muy pesado, caminando entre copos de nieve grandes que

caían sobre él...se lo veía tan feliz.

Recuerdo su sonrisa.-

-¿Sabía que algunas personas han dicho que no era Él, sino Ella?-me dijo la profesora.-pero en realidad no creo mucho esas palabrerías.-

-Oo, no, no. No era ella, era él. Sin ninguna duda sobre eso. Por favor no me pregunte como lo sé, pero es así. Créame.-le dije, sin evitar reírme. Subimos al tranvía que nos llevaría a la estación de trenes.

-Navarro. ¿Cuando fue la última vez que tuvo estas visiones? Se que empezaron cuando era chico, pero ¿hasta que edad fueron?-

-Bien, no recuerdo cuando fue la última vez, pero yo debí tener unos doce

años. Quizás un par de veces más luego. Pero ya no puedo recordar exactamente cuando.-

Un momento después bajamos en la estación. No estoy seguro si estaba desierta o si toda esa magia y tristeza me hizo olvidar por completo de la gente que suele haber en los andenes. Nos quedamos parados mientras empezaban a caer unos copos de nieve sobre nosotros. Entonces ella sacó de su bolso algo envuelto en papel.

-Se había olvidado esto en el Castillo. Es su diario.-

-Dios, muchas gracias. Pensé que lo había perdido en la calle. Estaba tan angustiado por eso.-Tomé el diario y lo guardé en mi mochila.-Es reconfortante saber que estuvo en el Castillo, al lado

de la cama donde él durmió.-

Nos quedamos un momento, mirándonos. Nunca voy a olvidar el azul de sus ojos. El tren a mis espaldas comenzó a moverse. Entonces le di un abrazo muy fuerte y le dije unas palabras al oído. Ella no respondió. Entre al vagón y busqué un asiento. Cuando miré hacia afuera, ella se había ido. Había pensado que estaría allí, agitando su mano para mí, pero lo que deseamos y lo que sucede, no siempre coinciden. El tren aceleró su marcha hacia la ahora triste y vacía Varsovia.

Esos momentos los tengo tan empañados en mi memoria. Es posible que sea por los años que han pasado o porque estaba llorando. Ya no puedo estar seguro.

Sentí que debía escribir todo eso en mi diario, único lugar para confesarme enteramente. Cuando lo abrí, noté que algo había cambiado. Tenía unas diez páginas escritas y con dibujos.

Comencé a revisarlo y vi algunas de las imágenes que recordaba desde mi niñez: el sistema planetario, con los cuatro planetas y otro con once. Un esquema de deformación de la luz, con los grados debido a la gravedad y otro indeterminado. También tenía escrito: “Profesor, esto fue dibujado por él, tal vez simbolicen el sistema solar y nada más o quizás tengan otro significado. Todavía no lo sabemos. Algunos astrónomos teorizan que nuestro sistema actual está incompleto, que los errores de cálculo de las órbitas se deben a un par más de planetas que

aún no han sido vistos, más allá de Plutón. Ojalá podamos descifrar estos mensajes, encontrar nuestro hilo de Ariadna en este libro laberíntico. Le transcribí lo que me ha parecido más interesante hasta ahora. Profesor Navarro, por favor, no pierda su tiempo buscándolo, esto es lo más cercano que estará de este libro, acéptelo como un obsequio.”

Esa noche tomé mi avión desde el aeropuerto Chopin hacia Argentina. No importaba que sucediera en el futuro, ya nada se podría comparar a esos días en la tierra de Kopernik.

Aún ahora, que estoy sentado en mi vieja casa de mi Patagonia natal, revisando cada recuerdo que traje de mis viajes, sé que el libro y mis

esperanzas se fueron con ella. Pero no puedo pensar en ningún otro mejor lugar para ambos, que el viejo Castillo de Olsztyn.-

Escrito en 2008, en Olsztyn y Comodoro Rivadavia.